

frecuentemente se presentaban grandes aparatos, más los aguaceros caían á distancia ó en los puntos ocupados por los realistas, pero ninguno en el fuerte; cayó por fin uno, aunque corto, y los sitiados, que se hallaban en la mayor necesidad, pudieron tomar agua para algunos días. Algunos oficiales europeos del ejército real se acercaron á hablar con Mina, que salió para esto á lo alto de los muros, y trataron de persuadirle cuán desesperada era su posición, ofreciéndole el indulto más completo. Mina, por el contrario, los invitó á pasar á sus banderas, y como en esta conferencia les manifestó que su objeto era el restablecimiento de la Constitución, privando á Fernando VII de los recursos que sacaba del país para sostener la autoridad despótica, habiéndolo oído los americanos del fuerte, esto contribuyó á aumentar la desconfianza que muchos tenían de la sinceridad de sus intenciones.

En la noche del 7 al 8 hizo Mina una salida con 240 hombres hacia el campamento de Negrete. El mismo en persona con 30 hombres de la Guardia de honor y del Regimiento de la Unión, se apoderó de un reducto; pero cargando sobre él las tropas de Nueva Galicia, que habían sido reforzadas con dos Compañías de Zaragoza y no habiendo sido sostenido convenientemente por los insurgentes que venían en su compa-

ña, tuvo que ceder al número y retirarse, habiendo perdido algunos de los suyos, de los cuales quedaron 11 heridos en poder de los realistas y fueron fusilados el día siguiente, á la vista de sus compañeros del fuerte.

Frustrada esta salida, que tenía por principal objeto abrir comunicación con el padre Torres para proveerse de víveres y de agua, Mina se persuadió que la rendición del fuerte era inevitable, si él mismo no salía á traer los auxilios necesarios. Para llevar á efecto su proyecto, en la noche que siguió al ataque del campamento de Negrete, aprovechando el mucho viento y obscuridad que había, salió con Borja, Ortiz y sus asistentes, dejando el mando del fuerte al Coronel Young y burlando, aunque con mucho trabajo, la vigilancia de los realistas, arrojándose por los despeñaderos de la bajada más pendiente del cerro, logró pasar sin ser sentido por entre sus avanzadas, y llegar á los campos vecinos, no habiendo perdido en esta operación ni un solo hombre.

Mina, habiendo logrado salir del fuerte del Sombrero, se dirigió al de los Remedios con 100 hombres de caballería, y á su tránsito entre León y Silao encontró á un Cuerpo de caballería realista, al que desbarató, quedando muerto el Comandante, que fué lazado y arrastrado, ejercicio en

que eran muy diestros los insurgentes. A su llegada á los Remedios el 17, halló al padre Torres ocupado en concluir las fortificaciones de aquel punto, aprovisionarlo y hacer todos los preparativos de defensa, pues no dudaba que sería sitiada por Liñán luego que se hubiese rendido el Sombrero, lo que tenía por cierto que en breve debía suceder. A instancias de Mina, dió Torres orden á todos los Comandantes que le obedecían para que se reuniesen, con el fin de hacer todavía algún esfuerzo en favor de los sitiados en el Sombrero, pero dos días después se supo la toma de este fuerte, noticia que afligió mucho á Mina, aunque sin saber todavía cuán grande había sido la pérdida de los suyos, que había sufrido; algunos de éstos que lograron escapar y se fueron presentando, no estaban informados de los pormenores, y aunque habiendo mandado varias personas para que recogiesen á los que andaban dispersos, sólo se pudieron reunir 31; esperaba todavía que los demás habrían podido huir y unirse á la caballería de Ortiz. Obligado por tal suceso á variar su plan, acordó con Torres que éste se quedaría para la defensa del fuerte, mientras Mina con un Cuerpo de 900 caballos recorría el país circunvecino, con el fin de impedir que los realistas recibiesen víveres y proporcionarlos á la guarnición que quedaba en los Remedios. En consecuencia de

este convenio, Mina salió con la gente que Torres puso bajo sus órdenes, dejando en el fuerte para auxiliar á su defensa, casi todos los extranjeros, con lo que Mina quedó reducido á sólo los recursos de su ingenio, puesto á la cabeza de una reunión de insurgentes sin organización, sin disciplina y acostumbrados á huir á la vista de los realistas. Los primeros Cuerpos del ejército de Liñán se presentaron delante de los Remedios el 27 de Agosto, y fueron tomando posición en la circunferencia del fuerte. La guarnición ascendía á 1,500 hombres, de los cuales 300 habían sido instruidos por Novoa, y los demás, aunque sin disciplina para combatir en campo raso, eran suficientes para defenderse cubiertos por parapetos. El mando superior lo tenía el padre Torres, pero todo se hacía por dirección del Coronel Novoa y de los oficiales de Mina. Varios jefes insurgentes habían ocurrido para la defensa del fuerte, y entre ellos el indultado, General Don Manuel Muñiz, que como otros de su clase, habían vuelto á tomar las armas, alentados por las ventajas obtenidas por Mina al principio de su expedición.

Mina, saliendo de San Gregorio, se dirigió á la Tlachiquera, hacienda situada en el reverso del Norte de la sierra de Guanajuato; allí lo esperaba Ortiz con su gente, á la que se habían reunido 19 hombres

de la división de Mina, que eran los únicos que habían escapado del Sombrero. Uniósele Don José María Licéaga, que tenía el empleo de Capitán General, pero que no ejercía mando alguno desde que se retiró de Tehuacán, después de la disolución del Congreso.

La primera expedición de Mina fué á la hacienda del Bizcocho, y aunque la gente armada que la defendía se hizo fuerte en la iglesia y el campanario, se rindió con poca resistencia, habiendo huido el administrador, que era al mismo tiempo Comandante. Mina, resentido por la matanza de los suyos hecha por Liñán en el cerro del Sombrero, mandó fusilar á 31 prisioneros que cayeron en su poder, y prendió fuego á la hacienda. Siguió de allí al pueblo de San Luis de la Paz, que estaba fortificado, como todos en aquel tiempo, y tenía una corta guarnición de tropa de línea, además del vecindario, armado.

Instado por Torres, Mina se acercó á los Remedios, pero persuadido de ser empresa temeraria intentar con la gente que tenía atacar á Liñán en su campamento, volvió atrás desde la hacienda de la Sardina, dirigiéndose hacia la sierra de Guanajuato. y en el llano de Silao se reunió con alguna caballería. Liñán hizo resguardar el molino de Cuerámaro, que creyó amenazado, en que tenía el acopio de trigo y hari-

nas para su ejército, y descontento de la lentitud de Andrade, comisionó al Coronel Orrantia con los dragones de San Luis, San Carlos, Frontera, Sierra Gorda y piquetes de otros Cuerpos de caballería, para seguir á Mina, el cual no creyó prudente esperar. Este trató de convencer á Torres de que el único medio que había para hacer levantar el sitio de los Remedios, era llamar la atención de los sitiadores á otro punto que les importase conservar, tal como Guanajuato, de cuya ciudad creía fácil hacerse dueño y cuyo ataque le propuso; pero Torres lejos de aprobar esta idea, dió orden á los jefes que de él dependía, para que sólo siguiesen á Mina en el caso de conducirlos á atacar á Liñán. Mina supo por algunos desertores que se le presentaron de los Cuerpos europeos, que el campo de los sitiadores estaba reducido á mucha escasez de víveres, pues con sus continuas correrías había logrado impedir la llegada de éstos, mientras que todo abundaba en los Remedios, y por las noticias que los mismos le dieron, concibió la esperanza de que los siguiesen otros muchos de aquellas tropas, que se hallaban descontentos, no obstante estar mejor atendidas que las del país, pues acabando de llegar de la capital, estaban bien provistas de vestuario y calzado, de que carecían los últimos, que hacía tiempo estaban en aquella provincia.

Orrantía, con la sección destinada para perseguir á Mina, compuesta de 200 infantes de las Compañías de Granaderos y Cazadores de Zaragoza y 10. Americano y 600 caballos de varios Cuerpos y de los indultados de Apam á las órdenes de Bustamante, Novoa y Villaseñor, á que después se agregaron algunos infantes más de la Corona y Celaya, marchó con dirección á Guanajuato, creyendo encontrar á Mina en la hacienda de Cuevas, á la entrada de aquella ciudad, pero á su paso por Irapuato el 10 de Octubre, se le avisó hallarse éste en la de la Caja, á la que se encaminó sin tardanza. Mina distribuyó su gente, que consistía en 1,100 caballos, en diversos trozos resguardados por los sembrados y cercas de la hacienda, y en los edificios de ésta puso en seguro á la multitud de mujeres y niños que segufan á la división, en esta vez en mayor número que de ordinaria, creyendo que se dirigían á Guanajuato, en cuyo saqueo esperaban tener una buena parte; pero desbaratadas las masas de caballería el desorden se aumentó con los gritos de las mujeres, que por todas partes huían, y Mina pudo apenas abrirse paso con algunos que lo siguieron, retirándose al rancho de Paso Blanco, sin que Orrantía, que había perdido un oficial y 18 hombres muertos ó heridos, se empeñase en seguirlo.

Para remediar la desgracia que acababa

de sufrir, dejó Mina orden para que se reuniesen los dispersos en determinado día en la misma hacienda de La Caja, y con 20 hombres se puso en camino por la tarde del 11 y llegó á Jaujilla al día siguiente. En las conferencias que tuvo con los individuos de la Junta, insistió en su plan de atacar á Guanajuato, lo que no pareció prudente á aquéllos, porque pensaban que sería más conveniente sacar de los Remedios á los oficiales de Mina que allí estaban, por no ser tan necesarios, para organizar con ellos un Cuerpo respetable de tropas al Sur de la provincia de Michoacán, en donde no podía ser atacado en algún tiempo, y volver entonces á entrar en campaña; pero Mina hizo punto de honor auxiliar á los sitiados en los Remedios, y con 50 hombres que la Junta le dió, de 100 que tenía, de infantería disciplinada, se puso en marcha, habiendo dirigido desde Jaujilla una proclama á los españoles europeos establecidos en Nueva España, exhortándolos á unirse á él para destruir el despotismo de Fernando VII. Dando un largo rodeo, llegó á Puruándiro, en donde fué recibido con repiques é iluminaciones, deteniéndose en aquel pueblo dos días; de allí pasó al Valle, y reunida en La Caja, como lo había prevenido, la gente dispersa, se encaminó hacia Guanajuato con 1,100 hombres, de los cuales 90 eran de infantería montados, y

alejándose todo lo posible del camino real, rodeando por entre sembrados y plantíos, ocultó tan completamente su marcha desde la hacienda de Burras, que sin que se sospechase su intento llegó al amanecer del 24 de Octubre á la mina de La Cruz, entonces desierta, y después de tanta fama, por las grandes riquezas que ésta producía. Allí se le presentó Encarnación Ortiz con 300 hombres, haciendo el total de 1,400 á 1,500, con los que se acercó en la noche á la ciudad.

Varias veces habían sido atacadas las minas inmediatas á ésta, y aun sus suburbios, y en la última, Francisco Ortiz, uno de los "Pachones," había entrado el 10 de Agosto hasta la plaza de San Ramón, en la mina de Valenciana, siendo rechazado con pérdidas por el Comandante Don Melchor Campuzano. A pesar de estos frecuentes ataques, no parece que hubiese toda la vigilancia que las circunstancias exigían, pues Mina iba entrando en dos columnas por las calles á las dos de la mañana del día 25, sin que hubiese sido visto por nadie. Una ronda con que se encontró en la calle llamada de Los Pocitos, dió la alarma: púsose en movimiento la guarnición; el Comandante Don Antonio Linares hizo colocar en la plaza un cañón, con el que comenzó á hacer fuego sobre la columna principal de Mina, que se adelantaba por la ca-

lle del Ensaye y llegó hasta el Puente Nuevo: Mina, sin conocimiento de la población, perdidos sus guías en medio de la confusión, no sabía cómo salir del intrincado laberinto que forman aquellas calles: su gente comenzó á huir tan en desorden, que ella misma se estorbaba en las angosturas por las que tenía que transitar, y al paso por Valenciana el propio Francisco Ortiz, que poco tiempo antes asaltó aquella mina, pegó fuego al tiro general de ella, en el cual siendo los techos de todas las oficinas de madera, se levantó en momentos una gran llamarada. Mina llevó á mal tal suceso, y habiendo vuelto á la mina de la Luz, despechado por la cobardía de su gente, dijo á los oficiales que eran indignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues si hubieran cumplido con su deber, los soldados hubieran hecho el suyo, y serían dueños de Guanajuato. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos Distritos, previniéndoles que no dejasen entrar víveres al campo de Liñán ni á Guanajuato; habiéndolos despedido, conservando sólo consigo 40 infantes y 20 caballos, pasó la noche á corta distancia, y en la mañana del 26 llegó al rancho de El Venadito, que hacía parte de la hacienda de la Tlachiquera, perteneciente á su amigo Don Mariano Herrera, el cual residía allí, por

haber sido quemada la casa y oficinas de la hacienda por los realistas.

Orrantia, después de la acción de La Caja, había regresado al campo de Liñán, conduciendo un convoy de víveres y municiones; sin demorarse más que lo preciso, volvió á salir en busca de Mina y entró en Puruándiro el día mismo que Mina había salido de aquel lugar; más incierto de la dirección que éste había tomado, estaba el 24 en una hacienda inmediata á Irapuato, perplejo sobre lo que debería hacer, cuando en la madrugada del 25 la llama del tiro general de Valenciana, que vió levantarse sobre los cerros de Guanajuato, le indicó el lugar en que Mina se hallaba. Marchó rápidamente á aquella ciudad, á la que llegó el mismo día, haciendo una marcha de doce horas, é informado en ella de la retirada de Mina hacia la mina de La Luz, tomó el camino de Silao, en donde entró en la tarde del 26 para adquirir informes, pues distribuida en muchos pelotones la gente de Mina, y habiendo éste mandado que en cada uno se dijese que su General iba en él, era imposible saber la dirección que había seguido. Por las noticias que allí se dieron á Orrantia, supo que Mina debía pasar la noche en el rancho de El Venadito, y á las diez de la misma salió para aquel punto con 500 caballos, dejando la infantería en Silao.

Al amanecer el 27, llegó Orrantia á la vista del rancho, y mandó que avanzasen sobre él á galope 120 dragones del Cuerpo de Frontera, á cargo del Teniente Coronel Don José María Novoa, para no dar lugar á que huyesen Mina y los que con él estaban allí. Los que intentaron defenderse fueron muertos, entre ellos Don Pedro Moreno. Mina saltó de la cama al ruido y salió sin casaca, como había pasado la noche, para tratar de reunir su gente, por lo que aunque su criado favorito, que era un joven de color de Nueva Orleans, ensilló prontamente su caballo, no pudo encontrarlo, y cuando trató de ponerse en salvo, viendo que todo esfuerzo era inútil, era ya tarde y fué cogido sin ser conocido, hasta que él mismo se descubrió con el dragón de Frontera José Miguel Cervantes. Presentado á Orrantia éste lo llamó traidor á su Rey y á su patria, y habiendo contestado Mina con altivez y con expresiones ofensivas al Rey Fernando, Orrantia le pegó con la espada algunos golpes de plano, acción infame, que dió justo motivo á que Mina le dijese con indignación: "Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado." En el mismo día fué conducido á Silao, en donde en-

tró Orrantia en triunfo, llevando con Mina la cabeza de Moreno en una lanza.

La noticia de la prisión de Mina se supo en México el 30 de Octubre á las siete y media de la noche, por parte que dió el Comandante de Irapuato Pesquera: celebróse con repiques y salvas, cantándose en el teatro una marcha, cuya letra fué improvisada por uno de los concurrentes, y el primero de Noviembre que se recibió el aviso oficial de Orrantia, se comunicó inmediatamente por extraordinario á todas las capitales de la provincia, mandando se solemnizara con Te Deum y misa de gracias, que en Puebla cantó de Pontifical el Obispo Pérez. Orrantia obtuvo el empleo de Coronel de ejército: al dragón que aprehendió á Mina se le ascendió á cabo, se le dieron los 500 pesos de gratificación ofrecidos al que cogiese á éste, y un escudo diverso del que se concedió á toda la división: el Virrey Apodaca fué premiado con el título de "Conde del Venadito," que conservó, a pesar de haber representado para que se le cambiase, por parecer ridículo el nombre del lugar sobre que recayó.

De Silao fué llevado Mina, escoltado por Orrantia, al campo de Liñán, para seguir la causa informativa que se había comenzado á instruir, fué comisionado el Coronel Don Juan de Horbegozo, que hacía de Mayor General del ejército sitiador, siendo el

objeto averiguar las personas que habían contribuido en Europa y los Estados Unidos á formar la expedición, y los sujetos con quienes Mina estaba en relaciones en los diversos lugares del Reino, especialmente del Bajío; pero Mina nunca quiso dar informe alguno sobre estos puntos.

Liñán, se interesaba por la conservación de la vida de Mina, con cuyo objeto suspendió la ejecución, esperando las órdenes del mismo Virrey que pidió en carta de 4 de Noviembre, "tanto sobre el destino que debía dar al preso, como sobre lo que convendría hacer respecto al contenido de la carta." El Virrey contestó á Liñán, extrañando que se hubiese detenido acerca de la suerte de Mina, pues ya le tenía prevenido que debía imponérsele la pena capital; en consecuencia, no le quedó á Liñán otro arbitrio que proceder á la ejecución, á la vista del fuerte de los Remedios, por si tal espectáculo podía inclinar á rendirse á los que lo defendían.

El 11 de Noviembre á las cuatro de la tarde, una escolta de cazadores de Zaragoza, condujo á Mina del cuartel general del ejército al crestón del Cerro del Bellaco, que fué el sitio destinado para el efecto, los dos campos enemigos, suspendiendo las hostilidades como de común acuerdo, estaban en el más profundo y solemne silencio. Mina acompañado por el capellán del primer ba-

tallón de Zaragoza Don Lucas Sáinz, con quien se dispuso cristianamente, habiendo protestado que moría en la fé de sus padres y lisonjeándose de hacerlo en el seno de la iglesia católica, se presentó con tranquilidad y compostura, y habiendo dicho á sus soldados que debían hacer fuego sobre él: "no me hagáis sufrir," cayó herido por la espalda, sintiendo sólo que se le diese la muerte de un traidor," de donde se deja conocer, "dice Liñán en su parte al Virrey," que su extravío fué más bien efecto de una imaginación acalorada, que de perversidad de su corazón."

Sin embargo, en oficio posterior el mismo Liñán, remitiendo al Virrey la proclama á los europeos publicada por Mina en Jaujilla, dice: "que éste documento pone de manifiesto cuáles eran las perversas ideas del traidor, y añade, que ya se conocía cuán útil había sido la prisión y muerte del malvado." Los oficiales de varios cuerpos comisionados para asistir á la ejecución, formaron una acta en testimonio de ésta, y el cirujano del primer batallón americano, Don Manuel Falcón, dió un certificado del reconocimiento que hizo de las heridas que causaron la muerte, habiéndose insertado todos estos documentos en la Gaceta del Gobierno: el cadáver se sepultó en el campo, en un lugar inmediato al de la ejecución.

Mina tenía veintinueve años de edad: era

de gallarda presencia, agradable trato y poseía en grado eminente, el arte de ganar el afecto de los soldados y de todos cuantos se le acercaban: se firmaba con el nombre de "Javier," y en Nueva España tomó el título de "General del Ejército Auxiliador de la República Mexicana." En los despachos que daba á los oficiales que nombraba, usaba por armas cuatro faces romanas formando un cuadro, en cuyo centro había un león; emblema que no sirvió poco para fundar entre los insurgentes las sospechas de que no trataba de la independencia, sino de conservar siempre el país unido á la España. Su expedición fué un relámpago que iluminó por poco tiempo el horizonte mexicano: sin plan, sin relaciones, y hasta sin noticias del país, se arrojó á la ventura en una empresa cuyo objeto él mismo ignoraba; pero su valor y su habilidad y por la clase de tropa que lo acompañó, pudo comprenderse que si hubiera llegado algún tiempo antes, ó si hubiera traído 2,000 hombres en vez de los 300 que con él desembarcaron, habría cambiado enteramente el aspecto de las cosas; habría decidido á muchos á declararse por su causa, y habría sido acaso el que hubiese hecho la independencia de México. Habiéndose presentado cuando la revolución estaba en su último período, sin recibir los auxilios que le prometieron los que lo indujeron en el proyec-

to; visto con desconfianza por los insurgentes; luchando contra todos los recursos de un gobierno establecido, afirmado por la victoria y sostenido por un numeroso ejército. Mina todavía penetró por una serie de triunfos hasta el corazón del país, puso en el mayor cuidado al virey, y su expedición forma un episodio corto, pero muy brillante de la historia de la revolución mexicana.

D. Mariano Herrera, el fiel amigo de Mina, fué condenado á la pena capital, pero en el acto mismo de la ejecución, en Irapuato, obtuvo su hermana que se suspendiese mientras el virrey resolvía sobre un ocurso que le tenía dirigido, y habiéndose fingido Herrera loco, salvó la vida pasando por tal, hasta que se hizo la independencia.



DOÑA MARIA LEONA VICARIO

Muy conocida y muy popular es esta heroína de la Independencia, y su biografía ha sido escrita por varios literatos: el último trabajo que de este género conocemos, es el del señor Lic. Don Genaro García, Director del Museo Nacional, que ha hecho una monografía completa y á la que no se puede pedir más, por lo que limitaremos nuestra tarea á hacer un extracto de ella, deplorando no poder reproducir íntegro el trabajo del señor García.

Nació Doña Leona en esta ciudad el 10 de Abril de 1789, del matrimonio de Don Gaspar Martín Vicario, de Castilla la Vieja, y de Doña Camila Fernández de San Salvador, originaria de Toluca; personas que disfrutaron buena posición social, gracias al trabajo de Don Martín, y que eran estimadas en la severa sociedad de la ca-